

# Seminario de Silencio

28 de octubre de 2015

## Enséñanos a orar

Del Evangelio según Lucas (11, 1 – 4)

Y sucedió que, estando él orando en cierto lugar, cuando terminó, le dijo uno de sus discípulos: «Señor, enséñanos a orar, como enseñó Juan a sus discípulos.»

Él les dijo: «Cuando oréis, decid: Padre, santificado sea tu Nombre, venga tu Reino, danos cada día nuestro pan cotidiano, y perdónanos nuestros pecados porque también nosotros perdonamos a todo el que nos debe, y no nos dejes caer en tentación.»

## Pan y perdón

Nunca aprenderemos a meditar si nunca le decimos a nadie, como le diría un niño pequeño a su padre: Enséname. La primera condición de todo camino espiritual es el discipulado. Discípulo es aquel que reconoce a un maestro y, por tanto, aquel que es receptivo a unas enseñanzas y está abierto a un aprendizaje. Discípulo es, también, quien sigue una disciplina.

A esta interpelación, Jesús responde con algunas pautas o consignas que se refieren a Dios y a los hombres.

“Cuando oréis, decid: Padre, santificado sea tu Nombre”. Decir “Padre” es tanto como invocar al fundamento de la confianza: es sensato y no absurdo confiar porque la experiencia del silencio nos dice que lo que hay no es fruto del capricho o del azar, sino de un designio providente o amoroso. Pero demos a esa experiencia el nombre de “padre” o no, meditar es ejercitarse en la confianza. “Santificar el nombre” equivale a alegrarse con esa confianza, subrayarla, dilatarla, asombrarse de cómo sólo en ella se realiza el ser.

“Danos cada día nuestro pan cotidiano, y perdónanos nuestros pecados porque también nosotros perdonamos a todo el que nos debe” es tanto como recordar los requisitos para la salud de nuestra condición material –el pan- y de nuestra condición espiritual –el perdón-. Sin pan y sin perdón no somos personas. Meditar es el ejercicio mediante el que nos perdonamos nuestros límites y deficiencias o nos reconciamos con lo que somos y, así, con los demás y con el mundo. Meditar es el ejercicio por el cual comprendemos que el pan es nuestro, no sólo mío. Meditar es la fuerza que nos permite no sólo dar pan, sino ser un pan que alimente al mundo.

“Y no nos dejes caer en la tentación” de vivir por debajo de este horizonte: el pan y el perdón, la confianza, el asombro...

¿Te sientes discípulo? ¿Eres disciplinado?

La palabra “padre”, ¿qué te suscita espontáneamente?

¿Confías en Dios, es decir, en la vida, en los demás y en ti mismo?

¿Qué significa para ti “santificar el nombre” o, lo que es lo mismo, qué culto crees que es el que Dios quiere?

¿Cuánto pan y cuánto perdón te faltan por dar y por recibir? ¿Eres alimento para los demás? ¿Eres para quienes te conocen causa de paz?

¿Estás reconciliado o insatisfecho con lo que eres?